cancion del cuñero (la)

777.

GALERIA DRAMATICA.

6674

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia cerca de 300 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villaita.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.
D. Ramon Navarrete.
D. Gaspar Fernando Coll. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE CUESTA Y ESCAMILLA.

15

LA MANSION DEL CRIMEN,

Ó LA VÍCTIMA.

COMEDIA EN UN ACTO

traducida del francés

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe en 24 de Diciembre de 1841.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
TIMOTEO.	*Don Antonio de Guzman.*
MONDROLE.	*Don José Diez.*
BOULARD.	*Don Lázaro Perez.*
LUISA.	*D.ª M. del Cármen Corcuera.*
UN COMISARIO DE POLICÍA. . .	*Don Angel Lopez.*
MOZOS DE CORDEL.	
GENDARMES.	

La Escena en París.

Sala aguardillada. En el centro del foro una gran ventana casi á la altura de un hombre y mirando á un tejado visible y practicable, sobre el cual se alza una chimenea. En el mismo foro, á la derecha del actor, la puerta de entrada á la guardilla con vista de un corredor. Bajo la ventana una cómoda; á la derecha de ésta una silla, y á la izquierda una cama colgada puesta á lo largo de la pared y con la cabecera hácia el rincon de la izquierda, quedando un espacio capaz de ocultar á dos hombres, y á cuya inmediacion habrá una mesilla de noche con una vela apagada y una caja de fósforos. En el primer bastidor de la derecha una puerta, que es la del cuarto de Luisa; otra en el de mas arriba y en medio un armario. Hácia el mismo lado una mesilla con una vela encendida y un periódico. En los bastidores de la izquierda otra puerta, un espejo, sillas y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

BOULARD. LUISA. DOS MOZOS DE CORDEL.

(*Luisa y uno de los mozos aparecen dentro de la guardilla figurando que acaban de colocar en un gran cajon de madera algunas de las figuras que indicará el diálogo. En el pasillo que deja ver la puerta del foro, carga con otro cajon el segundo mozo ayudándole Boulard.*)

Boul. ¡Ahupa, y cuidado con tropezar con la escalera y estropearme las figuras!

Mozo 2.º Descuide, señor amo, que yo miraré por ellas y por la mia.

Boul. La tuya es lo de menos. Anda. (*Vase el mozo.*)

Luisa. ¡No! Asi no va bien.

Boul. (*Entrando.*) ¡Vamos! ¿Acabais vosotros? — ¡Con tiento, Luisa! ¡Voto á... Ya has sacado un ojo á mi comisario de policía.

Luisa. Perdona. Ha sido sin querer.

Boul. ¡Torpeza! ¿Asi desarmas á la vigilancia pública? (*Al mozo* 1.º) Ea, saca á fuera ese cajon, líalo bien y vuel-

:

ve; acabaremos de recoger los bártulos. (*El mozo lleva el cajon arrastrando hasta el pasillo y allí le lia.*)

Luisa. ¡Qué bien haces en retirar esta noche tus muñecos de cera! Mañana llega mi marido despues de dos meses de ambulancia mercantil, y los dos no haceis buenas migas que digamos.

Boul. ¡Qué quieres, Luisa! Las artes no prosperan. Apenas he podido residir tres semanas en París con mi coleccion. Ya es preciso buscármela en otra parte; ¿y querias que por quince ó veinte dias pagasen alquiler mis figuras? Mas económico ha sido depositarlas en tu vivienda. A estar presente tu marido nada te hubiera yo dicho... Pero ¿me guarda rencor todavía?

Luisa. Sí; y es muy natural. Tú estabas en Marsella cuando se trató de mi boda con Timoteo. Te escribí dándote parte de mi proyecto; contestaste reprobándole, atendida la proverbial estupidez del agraciado; perdí la carta, cayó en manos de Timoteo, y se despicó dirigiéndote otra en que te decia mil tempestades y juraba no verte en los dias de su vida.

Boul. ¿Y qué casta de pájaro es ese hombre?, porque á esta fecha aun no le conozco mas que de oidas. Debe de ser irascible, tremendo...

Luisa. Si vuelvo á verte, me ha prometido una buena felpa, y si te encuentra en casa, ha jurado hacerte salir de ella por la ventana.

Boul. ¡Cáspita!

Luisa. El salto no sería flojo. ¡Piso quinto!

Boul. ¡Huy...! (*Al mozo.*) ¡A ver tú si despachas!

Luisa. Como es tan orgulloso, no le he dicho la industria de que vives: te supone dedicado al comercio...

Boul ¡Cómo se entiende! ¡Un quinquillero á la menuda se desdeñaria de emparentar con un artista!

Luisa. ¿Qué quieres! ¡Preocupaciones!

Mozo 1.º (*Entrando.*) ¿Hay mas que llevar?

Boul. Entra á ver si queda algo. (*El mozo entra en la habitacion del segundo bastidor de la derecha.*) Haremos por despachar cuanto antes, no haga el diablo... No porque yo tenga miedo de semejante mastuerzo, pero no quisiera comprometerte... (*El mozo vuelve con una figura del tamaño natural, representando un aldeano frescote y mofletudo.*)

Mozo. Aqui está esto. No queda mas.

Boul. Sí; mi aldeano... ¡Aguarda! Pues tambien cayó por el suelo el puñal de mi asesino Calabres. ¡Gente mas desmañada...! (*Coge un puñal que habrá en el suelo y le pone sobre la cómoda.*)

Mozo. ¿Y dónde acomodarnos este estafermo? Aquel es el último cajon, y ya no cabe dentro.

Boul. ¡Por vida...

Luisa. (*Examinando el muñeco.*) Esta figura es la mas grotesca de todas. ¿Qué pito toca en tu república?

Boul. Cada cuál de ellas tiene su oficio. Mis peleles son otros tantos actores sordo-mudos con los cuales reproduzco todos los acontecimientos ridículos ó tremebundos de la época presente. Ya has visto el tirano, el seductor, el barba serio, el asesino, el gendarme, el escribano, el ladron... Esta figura hace los tontos en las farsas, y en los dramas patibularios, todo género de víctimas: hoy le ahogo, mañana le enveneno, esotro dia le descuartizo...

Luisa. (*Riéndose.*) Ah, ja... ¿Quién lo ha de creer viéndole tan colorado y tan rollizo?

Boul. Tú no entiendes de eso. Hoy dia gustamos de dramas terribles, pero no de figuras repugnantes. La civilizacion embellece el crimen. (*Al mozo.*) Vuélvela adonde estaba. Ya proveeremos... (*El mozo vuelve al gabinete con la víctima.*)

Luisa. ¡Cosa como ella! ¿Quién dirá que aquel bienaventurado es una víctima?

Boul. Se hace tarde. Voy á ver cómo colocan en la posada de enfrente los cajones y volveré con otro para llevarme al prójimo que queda en tu compañía. (*Vuelve el mozo.*) Vamos tú.—Carga con ese torrezno. (*Le ayuda á cargarse el cajon*) ¡Arriba!—A Dios, hermana mia. Pronto vuelvo.

ESCENA II.

LUISA.

(*Se sienta junto á la mesilla de la derecha, despues de entornar la puerta del foro.*)

Mataremos un poco el tiempo con este papelote. (*Despues de leer un momento para sí en el periódico.*) ¡Je-

sus me valga! ¡Otro asesinato en el arrabal de San Marcelo! París es un melodrama contínuo desde que ha entrado el invierno. Si mi pobre marido Timoteo ha leido nuestros diarios por esas provincias de Dios, volverá á la capital temblando como el azogue ¡Digo! Él, que es la credulidad misma y la cobardía personificada... Pero bueno es haberle hecho creer á mi hermano lo contrario para evitar discordias... Me parece que ya vuelve. Siento pasos... (*Se levanta.*)

ESCENA III.

LUÍSA. MONDROLE.

Mond. (*Entra de pronto empujando la puerta del foro.*) ¡Uf! ¡Gracias á Dios!

Luisa. (¡Calle! ¡El baboso que tutea á todas las operarias del almacen!)

Mond. ¡Uf! Esto es echar los bofes. Cinco pisos, diez tramos, ciento y veinte escalones! ¡Y yo que padezco una bronquitis crónica que me... (*Tose y sacude su sombrero que viene mojado.*)

Luisa. ¿Qué traeis por aqui, Mr. de Mondrôle?

Mond. (*Tosiendo.*) No os sobresalteis, adorable vecinita.

Luisa. ¿Venís á buscar, caballerito, los pañuelos que me disteis á repulgar?

Mond. Los pañuelos son un pretesto, angel mio; quien me trae á tu domicilio es el amor.

Luisa. ¿Cómo el amor?

Mond. Sí, tesoro; á pesar de la lluvia, y á despecho de la bronquitis. (*Tose.*)

Luisa. ¡Oiga! Por haberme visto cinco ó seis veces en la tienda de modas donde trabajo, y haberme dicho otras tantas que soy bonita, ¿os creeis autorizado á visitarme?

Mond. Hija, soy muy ejecutivo en mis pasiones, muy emprendedor; pero tú me has animado á serlo con mas de una mirada dulcemente escrutadora.

Luisa. (*Sonriéndose.*) ¿Y quién no os ha de mirar? ¡Sois tan... mono!

Mond. ¿De veras...? En efecto, ayer me estuviste contemplando media hora.

Luisa. No se necesita tanto tiempo para tomaros la filiacion.

Mond. ¡Ya! Eso alude á la esveltez de mis formas y á la trasparencia de mi superficie. ¡Picaruela! Pero dime lo que quieras; injúriame; llámame, como las otras, chupaguindas, alfeñique, espíritu de la golosina... Cuando amo y soy amado, propendo yo naturalmente á la indulgencia.

Luisa. Ea, tontunas á un lado, y volveos por donde habeis venido: no me comprometais.

Mond. ¿Qué comprometer...! Tu marido, á fuer de quinquillero trashumante, anda de ceca en meca, dos meses ha, y por consiguiente, tus temores son gratuitos y extemporáneos, boba mia. Mi muger... ¡Son tan crédulas y confiadas las consortes novicias...! Mi muger está muy persuadida de que paso la noche en una *Soirée*; en tu casa no hay portero acechador...

Luisa. ¿Qué importa? Idos.

Mond. Ten caridad; sé filántropa; mira que está lloviendo á cántaros, y que soy tan delicado de bronquios como tierno de corazon.

Luisa. ¡Oh qué impertinencia! Idos de aqui con mil de á caballo.

Mond. Pero, tigre de mis ojos, no me atropelles de ese modo. Dame siquiera hospitalidad hasta que escampe.

Luisa. ¿A ver? Puede que ya... (*Saca la mano fuera de la ventana como para ver si llueve.*)

Mond. ¡Ingrata! desde esa ventana puedes descubrir la del cuarto de mi muger, de la muger adorable que pérfido te inmolo.

Luisa. Ya no llueve. (Se pondrá como una sopa.) Ea, marchad.

Mond. ¡Sobre que no puedo...! ¡Sobre que no quiero, querubin de mis ojos...

Luisa. ¡Maldito de cocer...!

Mond. ¡Divinidad...!

Luisa. ¡Chit... Callad. Alguien sube por la escalera.

Mond. (¿Será el marido... No me llega la camisa al cuerpo...) Luisa, yo temo á los maridos.

Luisa. No. Será mi hermano...

Mond. Luisa, yo respeto á los hermanos.

Luisa. (¿Qué haré? ¡Verme comprometida por un trasto...) Entrad alli... ¡Pronto!

Mond. (*Entrando en el cuarto de Luisa.*) ¡Ay! á mí me va á dar algo.

ESCENA IV.

LUISA.

(*Mirando por la puerta del foro.*)

No es él. Es la vecina del piso cuarto. ¡Pero cuánto tarda mi hermano! ¿Y si no vuelve? ¿Qué hago yo, Dios mio? ¡Ese botarate es capaz de no irse en toda la noche y tendré que armar un escándalo... Mejor será... La posada donde se halla mi hermano está frente por frente. (*Toma la luz que hay en el bufetillo: Timoteo aparece en el tejado.*) Le diré lo que me pasa y él le sacará de una oreja... ¡Habrá mocoso...! (*Vase por el foro: queda la escena en la mas profunda oscuridad.*)

ESCENA V.

TIMOTEO.

(*Se acerca á la ventana pisando con cuidado como quien anda sobre tejas: sus vestidos vienen perdidos de lodo y cal, mal añudada la corbata, las greñas caidas, un pie calzado con una rica babucha y el otro descalzo.*)

¿Dónde estoy? ¿De dónde salgo? ¿Adónde camino? No lo sé.—Pero miento. Sé que vengo de casa de una dama de buen gusto, que me prefiere á todas las individualidades de mi sexo.—Llego hoy á París, aunque mi conjunta persona no me espera hasta mañana, y cerrada la noche, me dirijo á los lares de mi suplemento conyugal. Una especie de marido que ella posee, y á quien yo no conozco ni deseo conocer, se hallaba ausente á la sazon. Mi cómplice habia salido tambien. Prometiéndomelas yo muy felices por los progresos epistolares de nuestras relaciones durante mi ausencia, empiezo á despojarme francamente (*Tentándose los vestidos.*) de estas vanas superfluidades que inventaron el lujo y la civilizacion. Entra en esto mi Dorotea; y, bien arrepentida de sus promesas, bien picada de mi prematura familiaridad, me arma una furiosa pelotera y me planta boniticamente á la puerta, tal y tan desordenado y cari-acontecido como me encuen-

tro y sin darme lugar ni para descalzarme de las babuchas del propietario, única pertenencia de que me es dado desposeerle.—Para colmo de tribulaciones, oigo pisadas, como de marido, en la escalera; huyendo de mi cofrade, positivo ó presunto, no paro de correr hasta el último tramo; aun allí me asusto de mi propia sombra; salto por una ventana al aire libre, y de tejado en tejado, de chimenea en chimenea; aquí tropiezo, allá me cuelo, acullá me encaramo... hasta llegar á esta... que debe de ser ventana. ¿Pero adónde cae? (*Tentando.*) No veo gota... A algun escusado caramanchon... (*Ruido en el cuarto de Luisa.*) No, que siento ruido... ¿Hay hombre mas fatal que yo de tejas para arriba? (*Se sienta en la chimenea.*)

ESCENA VI.

TIMOTEO. MONDRÔLE.

Mond. (*Saliendo con precaucion.*) Nadie chista; ni ella, ni el hermano. Sin duda se han ido juntos. Se va haciendo tarde y habremos de dejarlo para otra noche... Lo peor es que á tales horas no hay mucha seguridad en las calles; pululan los ladrones, los asesinos, y esto es mas desagradable todavía que la bronquitis. Veamos si sigue lloviendo... ¡Pero á oscuras...! ¡Ah! Yo vi no sé dónde, cuando entré, una caja de fósforos. Tentemos... ¡Nada...! ¡Oh! aqui está.—Encendamos uno. ¡Bien! Ahora esta vela... (*La enciende.*) ¡Bravo! (*Se mira al espejo, se compone un poco y se ajusta el fraque para preservarse del frio.*)

Tim. (*Levantándose.*) ¡Cuerno! La chimenea se ha caldeado. Parece que abajo no escasean la lumbre.—¡Ah! En esa guardilla hay luz... Pues señor, yo me quito de cuentos y allá voy á manera de carta echada en el buzon del correo. (*De espaldas al público, hace esfuerzos para bajar al tablado.*)

Mond. ¿Apostemos á que llueve todavía... (*Al sacar la mano para cerciorarse de si llueve, toca uno de los pies de Timoteo.*) ¡Oh! ¡Un ladron! (*Entra corriendo en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA VII.

TIMOTEO.

¿ Eh...? Inquilino, no tengais miedo. (*Descolgándose.*) No me hagais un flaco servicio. Soy moro de paz... (*Pone los pies sobre la cómoda.*) ¡Hola! Pensé que me apoyaba sobre algun individuo de mi especie, y no es individuo, que es mueble. (*Salta sirviéndole de estribo una silla.*) Reconozcamos ahora el terreno... ¡Cielos! ¿Tendré telarañas en los ojos como las tengo en la levita? Este es mi propio domicilio... en persona. El armario, las sillas... El diario de los debates... El tálamo... Pero ¿y Luisa? ¿Y aquella voz de hombre que me agarró el tobillo... (*Tentándose la frente.*) Yo tengo síntomas... Ella y la voz estarán sin duda en su cuarto... ¡Atroz sospecha! Esto me huele á represalias... Represalias injustas, porque yo pecador no puedo acusarme mas que de un conato de infidelidad... ¡Aqui de la negra honrilla! Iré... Penetraré... ¿Qué veo! En mi escursion gatuna he perdido una chinela... ¿Qué es eso? Me parece que sube gente por la escalera. ¿Será el otro que me persigue... Observemos... (*Se acerca á la puerta del foro y aplica el oido.*) Es mi muger, que viene de bracero con un *quidam*. Se paran; observan; hablan... ¡Horror! ¡Le tutea! Ese es el de la voz... ¡Su cortejo! Me ocultaré... (*Toma la luz, entra con ella en el cuarto donde está la figura de cera, retrocede al momento espantado y deja la luz sobre el armario.*) ¡Gran Dios! ¿Qué he visto! ¡Un hombre tendido boca abajo! (*Apaga la luz y se dirige hácia la cabecera de la cama.*) ¡Me tiemblan las carnes! (*Se guarece en el rincon que forman la cama y la pared, quedando á la vista del público pero sin ver á Luisa y Boulard, ni ser visto por ellos.*)

ESCENA VIII.

LUISA. BOULARD. TIMOTEO.

Boul. (*Encendiendo con la vela que trae la que está sobre el armario.*) No tengas cuidado; yo le diré á ese caballerete cuántas son cinco.

Luisa. (*Reconociendo su cuarto con la luz del armario.*) ¡Calle! No está. ¡Se ha largado!

Boul. Ya podias figurártelo. Esos títeres tienen mas miedo que vergüenza.

Tim. (Ya podias... ¡Pues! Se han apeado el tratamiento.)

Boul. Me parece que ya puedes estar tranquila.

Luisa. Por lo que hace á él, tienes razon; pero ¿y tú? Si llegase de pronto mi marido... Si supiera solamente que te he recibido en mi casa; si viese lo que hay dentro de ella...

Tim. (¿Qué oigo!)

Luisa. Si nos denuncian; si sabe que soy tu cómplice...

Tim. (¡Su cómplice! Ciertos son los toros.)

Boul. ¡Eh! mañana no quedará aqui ni rastro de... Vamos; no te alteres. El momento es favorable, la noche como boca de lobo, todos duermen, nadie nos verá... Entrégame la víctima.

Tim. (¡La víctima...! ¡Ay María Santísima de las Angustias!)

Boul. (*Deteniendo á Luisa.*) Pero... ¡oyes! ¡Si no es posible... Soy un atolondrado, y con la prisa, la agitacion... El cajon que he dejado en el pasillo es muy corto, y no cabrá en él la víctima.

Luisa. ¡Te ahogas en un vaso de agua! Si no cabe entero, se le hace trozos...

Tim. (¡Oh abominacion!)

Luisa. Separando del tronco los brazos y las piernas...

Tim. (¡Antropófagos!)

Boul. Es obra larga y á tales horas...

Luisa. No importa: entre los dos...

Boul. Vamos, que esa es ya demasiada inhumanidad. ¿No te contentas con haber sacado un ojo al comisario de policía?

Tim. (¡Eso mas! Mi muger es un monstruo.)

Boul. Quédese el aldeano por esta noche en el gabinete: quita y oculta la llave. Tu marido es un pazguato...

Tim. (¡Gracias!)

Boul. Y ni reparará siquiera... Mañana á la noche le alejas de aqui con cualquier pretesto, vuelvo con otro cajon mas grande, y trasporto á la víctima. (*Cierra Luisa el gabinete donde está la figura y guarda la llave en el bolsillo del delantal.*)

Tim. (¡Jesucristo! Juraria que se me estan encaneciendo los cabellos.)

Luisa. (*Dando á Boulard una llave que pendia de un clavo en la pared.*) Toma; ahí tienes el picaporte. Mañana iré al teatro del *Vaudeville* con Timoteo: entre tanto, vienes y te llevas al campesino.

Boul. Corriente.

Luisa. Ahora, vete, que es muy tarde...

Boul. A Dios...

Luisa. Te acompañaré con la luz hasta el portal. (*Toma una luz.*)

ESCENA IX.

TIMOTEO.

¡Una víctima! ¡Una víctima...! ¿Qué gente es esta, Dios eterno! Y mi muger... ¿Quién lo hubiera creido... ¡Luchar á brazo partido con un comisario de policía y sacarle un ojo! Ella tiene fibra; eso sí, y su talla... Pero ¿si estaré dormido y alguna pesadilla... (*Tentándose.*) No; yo soy yo, y me veo, me tiento, me oigo... Y esta es mi guardilla, tan pacífica antes de mi ausencia y ahora mansion del crimen... ¡Caverna de bandidos! — ¿Qué veo! Un puñal... Es claro. ¿Quién trabaja sin herramientas? Pero, señor, ¿cuándo ó cómo ha adquirido mi muger esas ideas feroces, esa sed de sangre humana? Yo la tenia por una Santa Rita de Casia... Con todo, si bien lo recapacito... El horror que ha mostrado siempre á los melodramas... ¡Hipocresía! Esos espectáculos son la delicia de las mugeres sensibles. Ya tenemos un dato. — Su manía de pasarme el brazo por el cuello, como para ejercitarse en la estrangulacion... ¡Otro dato! — Su pasion por el *beefsteck*... Su pericia para toda clase de embuchados... ¡Qué indicios tan vehementes! Y hasta su modo de andar... algo fantástico, su continente... asi como galbanizado, su... Todo coincide... (*Mirando al gabinete de las figuras por el agujero de la llave.*) ¡Desventurado! Tal vez deja en este mundo una muger que le adora y dos ó tres cachorros... tamañitos.— ¿Y qué hago yo ahora? ¿Denunciar á mi consorte? Eso sería deshonrarme. Decirla que lo sé todo, es esponerme á ser despedazado por ella y por su cómplice. Paciencia y disimulemos hasta reducir á plata mis haberes... Hecho esto, doy en África conmigo, y pongo entre esa víbora y yo el Océano y el Atlante. — Creo que vuelve. Dejémosla que

entre: me presento luego como quien acaba de llegar, y veremos de sondearla... (*Se oculta entre las cortinas de la cama y asoma de cuando en cuando la cabeza.*)

ESCENA X.

LUISA. TIMOTEO.

Luisa. Ya estoy sola, á Dios gracias. Pero lo deseaba, y ahora... casi tengo miedo. Es locura, niñería... pero esa víctima en mi gabinete... ¡Y sin embargo no veo otra cosa quince dias ha!

Tim. (¡Industria horrorosa!)

Luisa. El caballerito se ha fugado. ¡Ha hecho bien! Si vuelve, yo le daré su merecido. (*Toma una luz y registra su cuarto desde la puerta.*)

Tim. (¡Y habla sola! ¡Oh! Los remordimientos... Ese caballero será otra víctima escapada á sus furores... Pero ahora que no me ve, me deslizo como quien no quiere la cosa... (*Pasa de puntillas y desaparece por la puerta del foro dejándola entornada.*)

Luisa. No hay duda: se marchó mientras fuí á buscar á mi hermano. Si no, ya se hubiera dejado ver. (*Deja el candelero sobre el bufete y se mira la mano izquierda.*) ¿Qué es esto? Sangre en la mano... ¡Ah! El rasguño que me hice en la escalera. No es nada. Cerremos la puerta... (*Cierra la del foro.*) y vámonos á acostar, que ya me caigo de sueño. (*Llaman á la puerta.*) ¡Dios mio...! ¿Quién anda ahí?

Tim. (*Dentro.*) Abre. Soy yo.

Luisa. ¡Mi marido! Si viene diez minutos antes, pilla aqui á mi hermano. Quiera Dios que no advierta mi turbacion.

Tim. Abre, muger. Soy Timoteo. (*Abre Luisa, vuelve á cerrar luego que entra su marido, y al querer echarse en sus brazos él lo evita tomándola las manos.*)

Luisa. ¡Querido mio! No te esperaba tan pronto. Parece que vienes algo agitado...

Tim. El gusto de verte, y los diez tramos... (¡Hum! ¡Tiene un tufillo á crimen...)

Luisa. (*Siempre alterada.*) ¿Quieres cenar, hijo mio?

Tim. Sí, angel mio. (¡Angel esterminador!) (*Se sienta junto á la mesa de la izquierda.*)

Luisa. Voy á servirte al momento. (*Saca del armario un trozo de pastel y una botella de vino y lo pone sobre la mesa.*) Toma; no hay otra cosa. Como no te esperaba...

Tim. (*Besando la mano á Luisa.*) Gracias, amante... (¡Humrr! ¡Tiene sangre en la mano... como el protagonista de treinta años ó la vida de un jugador!)

Luisa. (*Que ha ido á tomar un vaso y vuelve con él. Timoteo se ha levantado.*) El pastel es delicioso: te va á gustar mucho.

Tim. (¡Hum! Acaso estará amasado con acetato de morfina; vulgo, rejalgar.)

Luisa. Vamos; ¿no te sientas?

Tim. No. Estoy reflexionando...

Luisa. Anímate. Te digo que está rico.

Tim. (Mucho me insta. ¡Guarda, Pablo!)

Luisa. Come...

Tim. No cómo; ¡vaya!

Luisa. ¡Y parecia que tenias tanto apetito...

Tim. Sí; pero ayer tuve cólico... y el fiambre... Me temo una gastritis... (¡ponzoñitis!) Nada; no quiero cenar.

Luisa. (*Mirándole fijamente.*) ¿No...? Ahora te diré yo el motivo. (*Recoge el pastel y demas y lo guarda otra vez en el armario.*)

Tim. (¿Si me irá á descubrir sus iniquidades? Puede que Dios la toque en el corazon...) ¡Oh! sí, Luisa; habla, habla; deposita tus arcanos en mi pecho. La misericordia de Dios es infinita.

Luisa. ¡La misericordia! ¿Qué significa...

Tim. Hay horas fatales; lo sé; el corazon humano es un abismo; nadie está libre de un... El demonio... La... ¡Desahógate, Luisa, desahógate!

Luisa. ¿Qué sarta de disparates estás ahí soltando? ¿Asi recibe un marido á su muger despues de tan larga ausencia? ¡Qué frialdad! ¡Qué desvío...!

Tim. (No quiere confesar. Callemos.)

Luisa. Apenas me has abrazado al entrar. — ¿Qué tienes? Alégrate; desarruga esa frente.

Tim. (*Con risa forzada.*) Je, je... ¡Calla, muger! ¡Pues si estoy contento como una Pascua!

Luisa. Bien; pues entonces... (*Va á pasarle el brazo por el cuello y él la detiene tomándola la mano.*)

Tim. ¡Luisa mia! (¡De buena hemos escapado!) (*Fin-*

giendo acariciar á su muger palpa su cabeza.) ¡Dulce prenda! (Aqui está. ¡Enorme chichon! El sistema de Gall es infalible. ¡Hé aqui bien desarrollada la protuberancia del asesinato!) (*Se aleja de Luisa.*)

Luisa. Asi, asi te quiero yo; amable, cariñoso. — ¿Cómo! ¿Otra vez cazurro y caviloso? Timoteo, tú me haces sospechar... (Estará pensando en otra muger.)

Tim. (¡Ojo avizor, que es capaz de matarme!) ¿Sospechar? ¿Y de qué? Yo estoy muy satisfecho aunque te parezca otra cosa; pero ¡me ha fatigado tanto mi viaje...! (Sobre todo, el de los tejados.)

Luisa. Pues bien, hijo, vámonos á acostar.

Tim. (Afortunadamente no dormimos juntos.)

Luisa. Tendrás mucho que contarme de tus carabanas. Pasaremos la noche en mi cuarto: ¿sí? (*Cierra Luisa la ventana.*)

Tim. (¡Vade retro! No tengamos aqui la segunda edicion de Judit y Holofernes.)

Luisa. Ea, ¿vienes?

Tim. No; no pienso acostarme. He dormido como un patriarca en la diligencia; y era forzoso; mis compañeros de viaje hablaban de la cuestion de Oriente.

Luisa. Quiere decir que sino dormimos..., charlaremos.

Tim. ¿Y mis negocios? Tengo que ajustar cuentas, arreglar papeles... (*Saca algunos y los pone sobre el bufetillo sentándose junto á él.*)

Luisa. ¡Papeles ahora...!

Tim. Sí; papeles... (¡Diantre! ¡La última epístola de Dorotea!) (*Oculta uno de los papeles debajo de los demas.*)

Luisa. (Algo tiene él entre manos. Acaso espera á alguna pelindrusca..., ó luego que yo me acueste irá á buscarla. Entraré en mi cuarto haciéndome la desentendida, y luego volveré...) ¡A Dios, tesoro! (*Toma una luz.*)

Tim. ¡A Dios, paloma.

Luisa. (*Abriendo la puerta de su cuarto.*) Hasta mañana, almita mia.

Tim. (¡Tesoro, almita mia...! ¡Hum! Quien no te conozca, que te compre.) ¡Hasta mañana, pimpollo!

ESCENA XI.

TIMOTEO.

(*Se lleva los papeles y la luz á la otra mesa.*)

Estoy desazonado. Aqui se respira miasmas impuros y deletéreos. Bien dijo el que dijo que no hay cosa mejor... ó peor que una muger. Una vez lanzada en el crimen no hay freno que la detenga. Bueno es que la Providencia me depare este puñal para defenderme. (*Le toma.*) ¡Haberme yo casado con una Lucrecia... Borja, con una Margarita de Borgoña! Lo mas acertado sería irme á pasar la noche en una posada. Pero son ya las tres de la madrugada; todo estará cerrado á piedra y lodo... y mis párpados se van cerrando tambien. ¡Tengo una pesadez en la cabeza... (*Empieza á dormitar.*) El cansancio del viaje... Mi paseo astronómico... La tortura de mis sensaciones... Pero dormirme aqui..., al borde del precipicio..., junto á la madriguera de la hiena... Pero á mi pesar... los ojos... ¡Quiera Dios que no los abra... en la... eternidad!

ESCENA XII.

LUISA. TIMOTEO.

(*Sale Luisa muy despacio con la luz en la mano y la deja sobre el bufetillo.*)

Luisa. Alli está; dormido... ¡Y dijo que no tenia sueño...! ¡Pero qué agitacion la suya! Parece que tiene hormiguillo... Se ha dormido sobre los papeles. No debe de ser muy amena su lectura. (*Revolviendo los papeles encuentra la carta y la toma.*) ¡Una carta...! Veamos.— No tiene firma ni fecha. (*Lee.*) "¡Vos lo quereis, Timoteo! ¡No temeis que nos acosen los remordimientos! Me arrastrais á la perdicion; me precipitais en el crimen... Pues bien; no resisto mas. Os espero para el dia que me indicais. ¡Por la noche!—¡Prudencia! ¡Sigilo! Ninguna precaucion estará de mas. Si lo sospechan, ¡somos perdidos!" ¿Qué trama será esta, Vírgen Santa! Y la letra parece disfrazada...

Tim. (*Soñando.*) ¡Una puñalada...! ¡El tribunal...! ¡El cadalso...!

Luisa. (*Aterrada.*) ¡Cielos! ¡Y está armado de un puñal!

Tim. (*Soñando que da de puñaladas.*) Hin... Hin... Hiin... Dos, tres, cuatro... Hiiin... (*Clava el puñal en la mesa.*) ¿Los veis bañados en sangre, mutilados... ¡Chist! ¡Chist...!

Luisa. ¡Gran Dios! Hé aqui descifrada la carta. ¡Horrible carta! (*La deja caer.*)

Tim. Diré que no he sido yo; ¡pero no me creerán!

Luisa. El desaliño de sus vestidos... que yo no habia reparado; su palidez, ese puñal... (*Le toma y se aleja.*) ¡Ah! Él ha dado muerte á algun desventurado. Yo me estremezco... ¡Le han pervertido! ¡Oh! no sepa que yo he sorprendido su secreto: ¡me mataria tambien! Mañana mismo me separo de él. Me refugiaré en casa de mi madre. Ahora... bueno será encerrarme en mi cuarto con llave y cerrojo. (*Al dirigirse á su cuarto tropieza en una silla y la deja caer. Timoteo despierta sobresaltado; Luisa se vuelve de pronto hácia él con el puñal en la mano. Timoteo se levanta. Los dos se miran con terror.*)

Tim. ¿Quién vive! (¡Santo Dios! Ya venia á despavilarme.)

Luisa. (Ocultemos el puñal.)

Tim. (Ahora esconde el arma homicida.)

Luisa. (*Retrocediendo asustada.*) Soy yo. Venia... Me pareció que... Ya me vuelvo... (*Toma la luz que dejó.*)

Tim. Sí; descansa... (¡Alma de Lucifer!)

Luisa. (*Con sonrisa forzada.*) ¡Hasta luego, pichon mio!

Tim. (¡Yo pichon de semejante arpía!) ¡Hasta luego, tórtola! ¡Qué infernal sonrisa! (*Luisa ha entrado en su cuarto y se oye cómo cierra la puerta y coloca sillas delante de ella. Timoteo hace lo mismo por la parte del escenario.*) Tomemos precauciones hasta que amanezca, y al menor ruido... Santa Polonia, ¿qué muger me habeis dado? ¡Una loba carnicera...! Mejor la quisiera infiel, libidinosa, aficionada á cortejos... Eso, á lo menos, no mata á nadie; al contrario: á mas de cuatro les regocija y les engorda.—Pero no perdamos tiempo... (*Se dirige hácia la cómoda y la abre. Al mismo tiempo sale Mondrôle de su encierro, pálido, con paso inseguro y apoyándose en la pared.*)

ESCENA XIII.

TIMOTEO. MONDRÔLE.

Mond. (*Sin ver á Timoteo que está de espalda al público.*) Al entrar en ese cuarto me sentí acometido de un síncope y no sé cuánto tiempo ha transcurrido, ni si el ladron, ó el asesino...

Tim. (*Revolviendo los cajones de la cómoda y tomando dinero y alhajas.*) Salvemos pronto el metálico, las joyas... Ya es urgente mi fuga... Mañana tomo soleta; emigro.

Mond. (¡Qué ruido...! ¡Él es! Está desbalijando la casa... ¡Yo muero!) (*Cae sobre la cama y se desmaya: el lecho cruje y las cortinas se mueven.*)

Tim. (*Asustado y corriendo hácia la cama.*) ¿Quién va? ¡Cielos! ¡Un hombre en la agonía! ¡Ah! ya caigo; la víctima que echaban de menos... ¡Y qué víctima tan exigua y tan enclenque! Le socorreremos... (*Sacudiéndole.*) ¡Eh! ¡Prójimo! ¡Recobraos, infeliz! (*Mondrôle abre los ojos, salta del lecho y se arrodilla delante de Timoteo.*)

Mond. ¿Dónde estoy... ¡Ah! ¡Oh...! ¡Piedad! ¡Misericordia! Robad aqui cuanto querais. Yo os lo permito. No dejeis una hilacha, pero ¡doleos de mi individuo, y de mi bronquitis!

Tim. ¡Eh! ¿Quién os hace nada? Levantad.

Mond. (*Levantándose.*) Esceptuadme..., y os lo diré todo. Somos camaradas... ¡Vengan esos cinco! (*Le toma la mano.*) Yo tambien soy ladron.

Tim. (*Retirando la mano.*) ¡Ladron!

Mond. (*Retrocediendo.*) Eh... Cada uno trata de robar... lo que apetece: es natural.

Tim. (*Avanzando.*) ¿Qué decís, malvado!

Mond. Vos os dedicais á la pecunia...; yo á las mugeres. Aqui donde me veis, soy el amante de la patrona.

Tim. ¡Su amante!

Mond. ¡Pues!

Tim. (*Furioso.*) ¡Vos su amante, cara de mirlo!

Mond. Lo que oís.

Tim. ¡Y yo soy el marido!

Mond. ¡El marido! (*Retrocede.*)

Tim. (*En ademan de abalanzarse á él.*) ¡Sí, voto á cribas, y os voy á... (*Recobrando la calma y sonriéndose*

con amargura.) Pero antes sois digno de mi compasion que de mi cólera.—¿Cuánto tiempo hace que estais en esta... caverna?

Mond. (*Asombrado.*) ¿En esta caverna? ¿Qué se yo... Cuatro ó cinco horas.

Tim. ¿Segun eso, ya sabeis lo que ha sucedido?

Mond. Yo sé que...

Tim. ¡Basta! Si decís una sola palabra de cuanto habeis visto y oido, ¡sois muerto!

Mond. Yo prometo... (¿Qué diablos ha sucedido aqui?)

Tim. A nadie, ni al cuello de la camisa reveleis esos atroces asesinatos.

Mond. ¡Asesinatos...! ¡Oh...!

Tim. ¡De buena habeis escapado, ciudadanito! Ya lo sabeis: mi muger os atraía aqui, como otro basilisco, con fingido amor y pérfidos halagos, para sacrificaros á esa comezon de sangre que la devora.

Mond. ¡Válgame San...

Tim. A vos, y ¿quién sabe si á mí tambien?, os estaba reservado el trágico fin del desdichado que yace alli tendido, exánime... ¡Cadáver! (*Le lleva al gabinete de la víctima y le hace mirar por la cerradura.*)

Mond. ¡Oh! ¡Oh! ¡Ooooh...!

Tim. ¡Silencio! Si vuelve la cuadrilla y nos sorprende ya podemos encomendarnos á Dios.

Mond. No temais. Yo soy prudente.

Tim. Venid. Huyamos...

Mond. ¡Mísero! Me flaquean las piernas. Si quisierais llevarme...

Tim. ¡Un diablo! Con que no puedo yo conmigo...

Mond. El brazo, siquiera... (*Se apoyan reciprocamente, llegan á la puerta del foro, la abre Timoteo y se detienen oyendo la voz de Boulard.*)

Boul. (*En la escalera.*) ¡Luisa!

Tim. ¡Quieto, por Dios!

Boul. (*Mas cerca.*) ¡Luisa!

Tim. ¡Oh espanto! ¿Reconoceis esa voz sepulcral? Es la del capitan de la cuadrilla.

Mond. ¡El capitan!

Tim. ¡Y estamos sin armas!

Mond. ¡Dios de Israel! ¿Qué va á ser de mí?

Tim. ¡Callad, que nos perdemos!

Mond. ¡Socorro!

Tim. (*Asiéndole del pescuezo.*) ¡Callad, ó morís estrangulado!

Mond. Seré mudo.

Tim. Venid: nos ocultaremos.

Boul. (*Junto á la puerta.*) ¡Luisa! (*Timoteo y Mondrôle se esconden en el rincon entre la cabecera de la cama y la pared lateral.*)

Luisa. (*En su cuarto abriendo la puerta.*) ¡Allá voy! ¡Allá voy! (*Empuja la puerta al salir y caen los muebles que puso Timoteo delante de ella.*) (Es la voz de mi hermano. ¡A qué buen tiempo llega!)

Boul. ¿No abres, muchacha? (*Entra Boulard empujando la puerta del foro.*)

ESCENA XIV.

TIMOTEO. MONDRÔLE. LUISA. BOULARD.

Boul. Chica, lo he reflexionado mejor y vengo... No quiero esponerte á un compromiso.

Luisa. ¡Habla mas bajo!

Boul. Venga la víctima; me la llevaré ahora... (*Timoteo y Mondrôle tiemblan y se aprietan uno á otro la mano.*)

Luisa. ¡Ha llegado mi marido!

Boul. ¿Qué me dices!

Luisa. Pero no le veo por aquí... Se habrá marchado... Sí; estaba abierta la puerta que yo dejé cerrada.

Boul. Pues démonos prisa antes que nos sorprenda. (*Abre Luisa el gabinete de las figuras.*)

Tim. No tengo gota de sangre en las venas. ¿Y vos?

Mond. ¿Yo? Me parece que estoy próximo al tercer patatús.

Luisa. ¡Ah! si supieras... Ya no puedo vivir con mi marido. En un ensueño espantoso le ha delatado la conciencia. ¡Es un asesino! (*Estremecido Mondrôle se desvia cuanto puede de Timoteo.*)

Tim. (¡Un asesino!)

Boul. ¡Un asesino!

Mond. (¡Un asesino!)

Tim. ¡Quieto; no os movais!

Boul. No tiembles. Yo te salvaré, pero démonos prisa.

Luisa. (*Aplicando el oido.*) ¡Chist...!
Boul. ¡Chist...!
Tim. ¡Chist!
Mond. ¡Chist!
Luisa. Alguien sube... ¡Mi marido!
Boul. ¡Valor! (*Entra en el gabinete.*)
Mond. (¡Quién fuera invisible!) (*Viendo Timoteo que Mondrôle se ha colocado detras de él, le hace dar una vuelta y le pone delante.*)
Tim. Lástima tengo del que sube. Será otra víctima. ¡Le van á esterminar!
Luisa. ¿Qué haré? Todo lo va á saber.

ESCENA XV.

DICHOS. UN COMISARIO DE POLICÍA, *y* SEIS GENDARMES *que se quedan en el foro.*

Luisa. ¡El comisario!
Comis. Aqui es, señores; estoy seguro... Señora, todo lo sé.
Tim. (¡La autoridad! Cobremos ánimo.) (*Saliendo á la escena.*) Señor comisario...
Comis. ¿Qué... fulano es ese... de tan mala traza...
Tim. Un inocente: os lo juro. Una vez que lo sabeis todo, la verdad en su lugar y caiga el que caiga. Yo no soy cómplice de esos horrores...
Comis. ¡Ese hombre está loco!
Tim. (*Designando el gabinete de la derecha.*) ¡Alli está la víctima...!, pero yo no he sido...
Comis. (*Admirado.*) ¿La víctima!
Tim. Sí, señor; y uno de los asesinos... ¡El cabecilla!
Comis. (*Turbado.*) ¡Oiga...! Con que... ¿Eh? (*Los gendarmes van á entrar en el gabinete, al tiempo de salir de él Boulard con la víctima.*)
Boul. Señor comisario... (*Deja la figura en manos de los gendarmes, que la examinan.*)
Comis. ¡Calle! ¿Sois vos, Mr. Boulard!
Tim. ¡Boulard! ¡Mi execrable cuñado!
Comis. Esta mañana me pedísteis un pasaporte. Yo os hacia ya lejos de París.
Boul. Ya no es tiempo de ocultar nada. Durante la ausencia de mi cuñado, que me hacia la injuria de detestar-